

como aisladas, pero luego despues unidas, forman un solo cuerpo de doctrina, el mas santo, el mas sabio, el mas brillante, el mas bien coordinado que se pueda imaginar.

Este nuevo Maestro no se limita á hacer salir, por decirlo asi, la ley natural de los sombríos abismos en que las pasiones y las preocupaciones de los hombres la habian sumergido, y de donde no la habría podido sacar toda la sabiduria humana: El la perfecciona aun, como luego se verá, por la revelacion de los grandes misterios, que á primera vista parecian un delirio á los ojos de los sabios, pero que, bien meditados, presentan al hombre los motivos mas poderosos, le inspiran la mas noble generosidad, le infunden el mayor valor, y le elevan á un grado de perfeccion, al qual todas las virtudes humanas no serian capaces de llegar, ni toda la razon de los sabios podria descubrir. Por fin, se hace él mismo el modelo mas cumplido de la ley santa que enseña; y este nuevo Sabio, el mas justo de todos los hombres, este Sabio, anunciado

desde tan remotos siglos, designado por tantos oraculos, probado por tantos tormentos, tan poderoso en sus palabras y en sus obras, como fiel en sus promesas; este Sabio, que tiene toda la naturaleza debajo su mano, que la sugeta á su voluntad, para hacerla servir al cumplimiento de sus vaticinios; este Legislador de todas las naciones, que ilumina todos los pueblos, que los santifica por la mas sublime de todas las leyes; este Sabio, este Justo, es este mismo Jesu-Christo á quien adoramos hoy sobre la cruz, y cuyo nombre es celebrado por toda la tierra.

ARTÍCULO II.

De las verdades que Jesu-Christo nos ha revelado.

Las dos primeras verdades que se presentan al hombre, son la existencia de sí mismo, y la existencia de Dios. ¿ Pero quien es Dios? ¿ Quien es el hombre? De estas dos questões depende la regla de las costumbres.

El universo entero publicaba ya el poder, la bondad, la sabiduría, la providencia de un primer Sér; de modo que bastaba abrir los ojos para convenirse de ello; bastaba exâminarse á sí mismo, para reconocer dentro de sí un sér pensador, cuyas operaciones eran totalmente distintas de las modificaciones de la materia; bastaba consultar su propia conciencia, para aprender de ella los primeros principios de la moral, y los debéres generales de honestidad, de justicia, de moderacion, de humanidad, &c., que la misma nos prescribia. Estas primeras nociones nos conducian naturalmente al conocimiento de una vida verdadera, en que un Dios, soberanamente equitativo, debe exercer sobre los malos y los buenos, la justicia que no exerce en la presente: Y de ahí era facil concluir, que el hombre no perecia todo en la muerte. Pero la razon se paraba aqui, y habiendo los Filósofos querido penetrar adelante, todos los pasos que han dado mas allá, han sido marcados por otras tantas caídas.

Como no tenian nocion alguna de

las substancias espirituales, han considerado un cuerpo en la Divinidad, quando han querido entender su naturaleza: La han colocado, ahora en los elementos, ahora en los astros: Algunos la han mirado como á un alma incorporada con todos los séres del universo: Casi todos le han atribuido una figurá humana. En fin, la imaginacion, que ha visto dioses por todas partes, no ha jamas visto al verdadero Dios.

Por la misma razon, quando el hombre ha querido formarse una idea de este sér viviente que piensa dentro de él, solo se ha imaginado una materia sutil y viviente. Luego ha dicho ¿ esta materia podria ser mas indisoluble, que el cuerpo que ella anima? ¿ Como pues se escaparia de la muerte, quando el cuerpo será disuelto? Y hé aqui, que las penas y las recompensas de una vida futura, no han sido en su concepto mas que problemas; y el hombre se ha hecho á sí mismo el enigma mas incompreensible de la naturaleza.

Una vez hubo el Filosofo puesto los pies fuera del camino, ha continuado

en desviarse sobre la moral. En lugar de contenerse en los principios de las costumbres que le estaban indicados, ha querido analizar el corazón humano; y desde entonces, tomando por verdadera ley natural sus inclinaciones desarregladas, ha intentado aliarlas con los estímulos de su conciencia; desde entonces, midiendo la extensión de sus deberes, sobre sus propias fuerzas, porque no conocía los socorros de la gracia, ha buscado en la vanidad de su orgullo, las fuerzas que le faltaban de parte de la naturaleza, á fin de llegar á las grandes virtudes que su conciencia le hacia conocer, y poner por decirlo así, su moral al alcance de la humanidad. De ahí todos los sistemas absurdos, en que la ley natural ha sido tan frecuentemente ultrajada, y en que el vicio ha tan amenudo usurpado los honores de la virtud.

Mas, habiendose levantado sobre la tierra el Sol de justicia, todas las nieblas han sido disipadas; y para hacernos conocer la naturaleza de este sér primero, Jesu-Christo no ha dicho mas

que una palabra: *Yo soy la verdad* (1). Pero ¿que cosa es la verdad? Quanto mas profundizo esta idéa, mas se engrandece en mi espíritu, mas se eleva sobre de mí, mas me admira. Yo siento, que la idéa de la verdad excluye la de la materia; que la verdad es absolutamente necesaria; que sin ella la razón misma no sería nada, porque solo consiste en el conocimiento de lo verdadero. Yo siento, que la verdad se halla presente en todas partes, pues que se manifiesta á todos los espíritus; que es una, indivisible, indestructible; que existe necesariamente, y existirá por toda la eternidad, siendo esencialmente la misma en todos tiempos, y hablando á todos el mismo idioma. Pero esta verdad, que yo veo por todas partes dentro y á fuera de mí, esta verdad que me es imposible negar, me es tambien imposible definirla y conocerla. Tales son pues los atributos de este primer Sér, que habiendo precedido al tiempo, y debiendo subsistir despues de los si-

(1) Juan. 14. v. 6.

glos, debe arreglarlo todo, gobernarlo todo y dominar igualmente sobre todo. Este es, pues, el Sér infinito en perfecciones, este Dios unico á quien debemos adorar, y él qual se nos manifiesta por sus obras, aunque no podremos jamas comprehenderle. Teniendo los mismos atributos, debe tener tambien la misma naturaleza.

La fé descubre despues esta primera idéa, por las nociones particulares que nos dá de las perfecciones divinas. Dios es un puro espiritu (1), y unico en su naturaleza (2). Todo ha sido hecho por él (3): Nada puede exístir sin él, nada puede resistir á su omnipotencia (4). Principio de todas las cosas (5), no puede haber tenido principio (6). Todo es gobernado por su providencia: Nada acontece sin su permiso (7). Es verdadero en sus palabras,

(1) Juan. 4. v. 24. = (2) Marc. 12. v. 29. Juan. 17. v. 22. 1. Cor. 8. v. 6. y sig. = (3) Juan. 1. v. 3. Apoc. 21. v. 6. = (4) Hech. 4. v. 24. 1. Cor. 8. v. 6. y sig. = (5) Apoc. 1. v. 8. = (6) Juan 1. v. 1. al 3. Apoc. 21. v. 6. = (7) Jnan 5. v. 17. 2. Cor. 3. v. 5.

fiel en sus promesas, lleno de bondad y de misericordia para con los hombres (1). Cubre de su inmensidad todo el universo (2); y presente en todas partes (3), viendolo todo por su inteligencia infinita, es invisible á nuestros ojos (4). Infinitamente santo (5), el solo bueno por esencia (6), Padre unico (7), en quien residen y de quien derivan todo el amor, y todos los derechos de la paternidad, en el Cielo y sobre la tierra (8); él lo arregla todo por su sabiduría (9), lo gobierna todo por su voluntad (10), aborrece los malos, halla sus complacencias en los justos (11), y el honor, poder, y gloria en los siglos de los siglos, solo pertenecen á él (12).

(1) Rom. 3. v. 4. 1. Cor. 1. v. 9. 11. 1. v. 2. 1. Juan. 1. v. 9. = (2) Ps. 138. v. 8. 9. 10. Math. 5. v. 35. = (3) Math. 6. v. 4. Hech. 2. v. 24. (4) 1. Juan. 4. v. 12. Juan. 6. v. 46. = (5) Is. 6. v. 3. Jer. 3. v. 12. Apoc. 3. v. 7. = (6) Math. 19. v. 16. = (7) Math. 23. v. 9. = (8) Eph. 3. v. 15. = (9) Math. 10. v. 19. Rom. 11. v. 33. = (10) Ps. 32. Sab. 9. v. 1. = (11) Ps. 33. v. 16. v. 17. = (12) 1. Tim. 1. v. 17.

A estas verdades, que son confesadas por la razon, añade Jesu-Christo otras á las quales no podia la razon llegar.

Dios, unico en naturaleza, existe en tres personas distintas, el Padre, el Hijo, el Espiritu-Santo; y estas tres personas no son sino un solo Dios (1), porque la divinidad, siendo esencialmente una é indivisible, debe de necesidad ser la misma en cada una de las tres personas divinas. La segunda persona, sin sufrir variacion, ha tomado naturaleza humana; y por esta union inefable, la naturaleza divina, y la naturaleza humana han subsistido en una sola persona, que es la del hijo de Dios, Dios y hombre todo junto: Union misteriosa y real, que llamamos *hipostatica*, para distinguirla de todos los demas generos de union; y que por ser la unica en su especie, no puede tener perfecta se-

(1) Tres son los que dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Verbo, y el Espiritu Santo; y estos tres son una misma cosa. 1. Juan. 5. v. 7.

mejanza, ni con la union de los cuerpos entre sí, que consiste en la mera aproximacion de las partes; ni con la union del alma con el cuerpo, que sujeta reciprocamente las dos substancias, y no produce mas que una sola naturaleza; ni con la union de los santos con Dios, que se obra por la caridad, y la qual dexa subsistir la diversidad de las personas.

En virtud de esta union incomprehensible, los atributos y las operaciones de las dos naturalezas se hacen propias de la persona de Jesu-Christo, que es juntamente pasible, é impasible; que ha nacido en el tiempo, y ha existido de toda la eternidad; que es verdaderamente hijo de Dios, é hijo del hombre; de suerte, que su santísima Madre, aunque lo sea solo de la humanidad de Jesu-Christo, es sin embargo efectivamente *Madre de Dios*.

Es cierto que la razon humana no penetrará jamas estos misterios; pero la razon dicta al hombre, que Dios, debiendo ser infinitamente superior á toda la inteligencia humana, no sería

— Dios si pudiese ser conocido; y la misma razon manda creerle, quando él ha hablado. Ah! ¿El hombre mismo no encuentra dentro de sí la semejanza de los misterios que no puede concebir? ¿Las operaciones de su alma, su conocimiento, y su voluntad, aunque en sí diferentes, no son una misma cosa con su alma? ¿Su alma y su cuerpo, aunque tan distintos entre sí, no componen en él una misma persona? ¿Pues, si el hombre no sabría poner en duda las verdades de que se halla asegurado por su intimo sentimiento, aunque él no pueda comprehenderlas, podría negarse á creer las verdades que Dios le revela, porque no puede concebirlas?

Mas el Hijo de Dios, que no se ha desdeñado de tener á una muger por Madre, no ha querido tener otro Padre que el que le habia engendrado de toda la eternidad; y su santidad, que no era incompatible con las aflicciones y los oprobios del hombre, que eran la pena del pecado, no podia sufrir la menor lesion del pecado del hombre que venia á expiar.

De estas primeras verdades incomprehensibles á la razon humana, nacen otras que están al alcance de la misma razon, pero que nunca se habian perfectamente conocido.

Le Mi imaginacion, mis pensamientos, mi voluntad, y las demas operaciones de mi alma, no podrían ser modificaciones de la materia. Hé aqui, por decirlo de esta suerte, el primer apercebimiento de la razon. Mas hoy que la razon ilustrada por la fé, vé un Sér infinito en perfecciones, cuya esencia es espiritual, reconoce, que él puede haber creado séres espirituales á su semejanza; y concluye, que todas las operaciones del alma que parecian incompatibles con la naturaleza del cuerpo, son realmente modificaciones de una substancia espiritual, del todo distinta de la materia.

Luego pues, esta alma no es una sombra que se desvanesca, ni un vapor que se disipe, ni nada de todo quanto se asemeja á los séres corporales. Es una substancia de una naturaleza eminente, que no puede percibirse por los sentidos. La muerte, lexos de disolver-

+ la; no hará mas que romper los vinculos que la atan con la tierra, que la entorpecen, que la sugetan al imperio de los sentidos, y á estos mismos organos que parecen darle la vida; y poniendola en libertad, le dexará toda su energía en una nueva vida, que será propiamente la vida de los espiritus. De consiguiente, la inmortalidad del alma no es un misterio. La razon se confirma en la certeza de una vida futura, y en la esperanza de las recompensas venideras. Y si por motivo del cuerpo, pertenecemos todavia á la naturaleza de las criaturas terrestres, nos hallamos infinitamente superiores á ellas por la dignidad de un alma que el primer *Ser* ha creado á su semejanza.

+ Pero ¿habria aun sobre nosotros criaturas puramente inteligentes, superiores á la naturaleza humana? La razon calla; y Jesu-Christo nos enseña, que en efecto existen estas inteligencias sublimes, cuya naturaleza se aproxima al *Ser* supremo, á proporcion de sus calidades eminentes; que las unas son Angeles de pureza, perfectamente

dichosos por la vision de Dios, de quien son los embajadores, para instruirnos de su voluntad, y executar en su nombre las misericordias y las venganzas; de los quales debemos respetar la presencia, é invocar la proteccion; que las otras son Angeles de malicia y de tinieblas, que habiendo sido condenados á suplicios eternos, en castigo de su orgullo, se esfuerzan á arrastrarnos á su desobediencia, para hacernos participar de sus tormentos; y que por lo mismo debemos resistir á sus sugestiones, y guardarnos de caer en sus lazos. +

La oposicion que experimentamos entre nuestras inclinaciones, y la conciencia, nos forma un genero de illusion acerca la regla de nuestros deberes. Pero esta oposicion se explica tambien por las luces de la fé; y Jesu-Christo nos descubre la causa en un pecado original, que habiendo corrompido nuestra naturaleza, ha pervertido asi mismo nuestras primeras inclinaciones. Sin embargo, la violencia de nuestros apetitos, ni la debilidad del corazon, no deben hacernos desmayar.

Jesu-Christo, que se ha sacrificado para expiar nuestros pecados, no nos abandonará en la impotencia de cumplir con la ley que nos impone.

Relevandonos estas verdades, la fé corre el velo, y nos introduce en un nuevo órden de cosas: Tres diferentes mundos se nos presentan luego; el Cielo, en que la posesion de Dios forma la felicidad de los justos; los abismos de fuego, en que los malos son atormentados con los demonios; y el mundo presente, destinado á formar los elegidos para el Cielo.

Asi, en este mundo visible, que tiene sus leyes y su camino particular, que se renueva, que se muda á cada paso, vemos tambien un mundo moral, todo espiritual, compuesto de séres inteligentes, iluminado por una distinta luz, que es la de la verdad, gobernado por otras leyes, que son las de la justicia, movido por otros agentes, que son, ó las inclinaciones de la naturaleza, ó las inspiraciones de la gracia. El mundo fisico, que solo existe para formar el mundo moral, siendo hoy todo

lo que debe ser, acabará quando estará llenado su destino, esto es, quando el segundo mundo habrá adquirido su perfeccion por la formacion de todos los miembros de Jesu-Christo, reünidos á su Cabeza en su reyno (1). El mundo moral, que hoy se halla oculto en el corazon del hombre (2), debe, al contrario, *crecer* (3), y perfeccionarse por las operaciones secretas de la gracia, hasta el dia en que habiendose llenado el número de los elegidos, se mostrará, tal qual es en sí, para subsistir por toda la eternidad. Entonces, destruido el primer mundo, la muerte, despues de haber exercido su imperio

(1) El mismo dió á unos ciertamente Apostoles, y á otros... Pastores y doctores, para la consumacion de los Santos, en la obra del ministerio, para edificar el cuerpo de Christo: Hasta que todos lleguemos en la unidad de la fé, y del conocimiento del Hijo de Dios, á varon perfecto, segun la medida de la edad cumplida de Christo. *Eph. 4. v. 11. 12. 13.* (2) Vuestra vida está escondida con Christo en Dios. *Col. 3. v. 3.* (3) *Eph. 2. v. 21. 22.* (1)

sobre todo lo perecedero, y perecerá también (1), no teniendo poder alguno en el nuevo orden de las cosas, en que todo debe ser inmortal.

CAPITULO II.

De los primeros Preceptos de la Ley Evangelica.

Al propio tiempo que Jesu-Christo nos enseña las verdades esenciales acerca la naturaleza de Dios, los destinos del hombre, y la certeza de una vida futura, que forman la base de las verdades practicas, pone de manifiesto los preceptos de la ley natural, los eleva al mas alto grado de perfeccion, los apoya sobre los misterios que parecian extraños á la moral, y se conserva él mismo al lado de su ley, para servirnos de modelo. Esto es lo que conviene ahora demostrar; y á este fin consideraremos al hombre en el orden de la re-

(1) 1. Cor. 15. v. 26.

ligion, casi de la misma manera que lo hemos hecho considerandole en el orden de la naturaleza.

ARTICULO I.

Primer Precepto de Jesu-Christo: Amar á Dios sobre todas las cosas.

Hemos visto, que habiendo Dios enviado al mundo su Unigenito para volver á camino, por la humildad de la fé, al hombre que se habia desviado por el orgullo de la presuncion, era preciso empezar por creer en él, para ser ilustrados con su luz; que habiendo su hijo aparecido sobre la tierra con las señales manifiestas de una mision divina, no podriamos negarnos á creer su palabra, sin *acusar de mentira* al Padre que le habia enviado (1); y que hallandonos circuidos, de los misterios de la naturaleza, no nos debia sorprender, quando nos hablaba de las co-

(1) 1. Juan 5. v. 10.